cosas mas, para apoderarse de Lima, esta desventurada ciudad se encontraba por el contrario sobrecogida del mas desesperado terror.

Conocida que fué la intempestiva fuga del Dictador, y la dispersion de las únicas fuerzas que hubieran podido oponer todavia una última resistencia al enemigo, que acampaba á una legua escasa de la Capital, todos temieron que éste entrase en ella de un momento á otro, para repetir en proporciones mucho mayores las horribles escenas de Chorrillos y del Barranco. Miraflores ardia ya; ardian tambien los encendidos restos de Chorrillos y del Barranco; y no hay que admirarse si al mismo tiempo ardian de terror las imaginaciones de los abandonados habitantes de la Capital. Por las calles, en los asilos de los extranjeros, en las Legaciones y Consulados, y en las mismas residencias de los Ministros y de los Cónsules, todas, todas llenas de gente, de arriba abajo, no se oian mas que llantos, sollozos suspiros. Recordando el atentado cometido en Tacna contra la Agencia Consular de Italia, y el de dos dias ántes contra la habitacion del Ministro inglés en Chorrillos, ni siquiera la bandera neutral ofrecia suficientes garantias, y nadie se creia seguro en ninguna parte. Todos huian de sus casas; todos hubieran querido huir de Lima, y nadie sabia adonde ni como huir. Ninguno pensaba á la propiedad que abandonaba, á los bienes que serian saqueados y perdidos: no se temia mas que por la vida, y mas que por la misma vida, por el honor de las mujeres.... y habia razon para ello!

La ardiente imaginacion presentaba la temida llegada de los chilenos como inminente, como sucedida ya, á todo lejano rumor que se oía: el terror, la desesperacion de los ánimos era infinita. A las encantadoras limeñas, enloquecidas por el terror, les parecia sentir ya sus delicadas carnes profanadas por el brutal abrazo del soldado, ébrio de vino y de lujuria; y mas de una

vez fué necesario detener su brazo, para impedirles atentar á su vida ó á su belleza, que preferian destruir ellas mismas, mas bien que dejarlas expuestas á tanta ignominia!

El Cuerpo Diplomático se puso entónces otra vez en movimiento. Creyó que quizás no habia hecho bastante, para salvar á Lima de los temidos excesos de la soldadesca chilena; y envió aquella misma tarde dos emisarios á Baquedano – un Oficial de la escuadra inglesa y otro de la italiana – para pedirle, á nombre y de parte del Cuerpo Diplomático, una entrevista encaminada á impedir la ruina de la ciudad. El Oficial italiano, Conde Roych, volviò dentro de la misma noche con una primera respuesta verbal, anunciando que el dia siguiente sería traida por su compañero en la comision, la esperada repuesta del General en Jefe del ejército chileno. Y el dia siguiente, 16, llegaba á Lima el otro Oficial, el inglés Carey-Brenton, con una Nota del General Baquedano para el Decano del Cuerpo Diplomático; Nota en la cual, tomando como pretexto la deslealtad atribuida á los peruanos, del rompimiento de la tregua, Baquedano concluia comunicando su resolucion de: « bombardear desde *mañana mismo* la ciudad de Lima, si lo creo oportuno, hasta obtener su rendicion incondicional. » Esta Nota llevaba la fecha de las *once* de la noche del 15 de Enero.

Antes de tomar ninguna determinacion, el Cuerpo Diplomático puso dicha Nota en conocimiento del Alcalde de Lima, única autoridad peruana allí existente, que quiso á su vez participarla al Consejo Municipal que convocó premurosamente. Y puesto que Lima, abandonada por el Dictador que tenia en sus manos asumido todo el poder, y sin ejército, no se hallaba en la posibilidad de oponer ni siquiera la mas ligera resistencia, el Consejo Municipal deliberó la rendicion, y autorizó al Alcalde, Rufino Torrico, para entenderse sobre el particular con el General en Jefe del ejército chileno.

Pero, ¿bastaba que Lima no hubiese sido tomada por la fuerza, bastaba su rendicion incondicional, para salvarla de las iras y de los excesos de la soldadesca chilena? Para responder á esta pregunta, ahí estaban vivos todavia los incendios de Chorrillos, del Barranco, de Miraflores, y un poco mas lejos los tristes recuerdos de Tacna y de Arica.

Pero estaba tambien allí el Cuerpo Diplomático extranjero, que todo junto tenia á sus órdenes en las aguas del Callao y de Miraflores, al lado de la escuadra chilena, otra propia asaz mas fuerte y numerosa – es decir las escuadras reunidas de Inglaterra, Francia, Italia, etc. etc., las dos primeras de las cuales tenian grandes y poderosos buques blindados; – y éste, como hemos visto, habia ya declarado á Baquedano en la mañana del dia anterior, ántes de la batalla, que estaba resuelto á *emplear todos los medios de que podia disponer, para salvar los intereses y las vidas de los neutrales residentes en Lima,* y por consiguiente Lima misma.

En su consecuencia, el Alcalde de Lima fué acompañado al campo chileno por los mismos Ministros extranjeros que formaban la Diputacion Diplomática de la víspera, la cual era á su vez acompañada, como entónces, por los Comandantes de las escuadras extranjeras.

El General en Jefe del ejército chileno quiso que la ciudad se rindiese *á discrecion*, y el Alcalde de Lima, que no habria sabido como sostener una negativa, consintió.

Correspondia entónces á la Diputacion Diplomática tomar la palabra; y los Ministros de Inglaterra y Francia exijieron en nombre de todo el Cuerpo Diplomático que ellos representaban, y como garantia de los derechos de los neutrales residentes en Lima, *que no se hiciera daño alguno ni ofensa á la Ciudad.* No tenemos entre manos, y quizás no existirá documento alguno oficial, que refiera genuinamente estas negociaciones: pero era

voz casi pública en Lima, cuando nosotros estuvimos allí en Julio de 1881, y nos fué confirmado por personas que podian saberlo, cuanto sigue: que á los mencionados Diplomáticos les fué en un principio respondido, que aunque se haria todo género de esfuerzos para frenar el ejército, era casi imposible preveer é impedir los *pequeños desórdenes* de las bandas de soldados dispersos, que nunca faltan; que á ésto respondió á su vez aquel de los Comandantes de las escuadras extranjeras que hacía de Jefe de todas ellas reunidas, que en el caso en que los soldados chilenos comenzáran á renovar en Lima los excesos de Chorrillos y del Barranco, *la escuadra extranjera romperia inmediatamente el fuego contra la de Chile;* y que solamente despues de esta formal y franca amenaza, se obtuviera la completa seguridad de que el ejército chileno entraria en Lima en buen órden, sin cometer el mas ligero exceso. Como es natural, sin garantizar semejante noticia, nosotros la referimos como es, como una simple voz corrida en el público, del cual la recojimos sin titubear, por los muchos visos de verdad que nos pareció descubrir en ella, y porque se halla admirablemente de acuerdo con las muy significativas palabras, con las cuales el Ministro de Italia en Lima concluia la Nota oficial en la que informaba á su Gobierno de tales hechos; y que dice así: « Resulta de esta sucinta relacion, que la salvacion de esta Capital se debe *unicamente* á la interposicion del Cuerpo Diplomático (1). » Con el fin de dar al Alcalde el tiempo necesario para desarmar los restos del disperso ejército peruano que vagaban por la Capital, y preparar la entrega del arsenal y de los fuertes de San Cristóbal y de San Bartolomé, fué decidido que las primeras tropas chilenas ocuparian Lima en la tarde del siguiente dia 17. Y despues de ésto fué escrita

(1) NOTA del 28 de Enero 1881.

y firmada la relativa acta de rendicion, que reproducimos en toda su integridad:

« En el cuartel jeneral del ejército chileno en Chorrillos, se presentaron el 16 de Enero de 1881, á las dos de la tarde: el Señor Don Rufino Torrico, alcalde municipal de Lima; S. E. el Señor de Vorges, enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Francia; S. E. el Señor Spencer St. John, Ministro residente de Su Majestad Británica; el Señor Stierling, almirante británico; el Señor Petit-Thouars, almirante francés; y el Señor Labrano, comandante de las fuerzas navales italianas. El Señor Torrico hizo presente que el vecindario de Lima, convencido de la inutilidad de la resistencia de la plaza, le habia comisionado para entenderse con el Señor General en jefe del ejército chileno, respecto de su entrega. El Señor General Baquedano manifestó que dicha entrega debia ser incondicional, en el plazo de 24 horas pedido por el Señor Torrico, para desarmar las fuerzas que aun quedaban organizadas. Agregó que la ciudad sería ocupada por fuerzas escojidas, para conservar el órden. – (Firmado) – Manuel Baquedano – R. Torrico – E. de Vorges – J. F. Vergara (*Ministro de la guerra de Chile*) – B. du Petit Thouars – Spencer St. John – E. Altamirano (*agente diplomático chileno*) – G. Labrano – J. H. Stierling – M. R. Lira, secretario. »

La rendicion de Lima era una necesidad, y fué su salvacion. Fué sin embargo poco grata á las grandes bandas del deshecho ejército peruano, que como hemos dicho, habian pasado toda la noche precedente embarazando las plazas y las calles principales de la ciudad, esperando algun Jefe que se tomase la molestia de reorganizarlas y llevarlas contra el enemigo: y mientras éstas vagaban furibundas por las calles, manifestando su malcontento por la acordada capitulacion, llegaron á Lima mas de 1500 soldados armados de la guarnicion del Callao, malcontentos tambien por la ocurrida capitulacion, y con el propósito de oponerse á su ejecucion: marchaban éstos á las órdenes del Prefecto del Callao, el cual habia salido exprofeso de allí, despues de haber hecho destruir las baterias de la plaza y los buques y pontones de guerra peruanos que se encontraban en el puerto, para que no cayesen en poder del enemigo.

Pero una verdadera y provechosa resistencia contra el ejército chileno no era ya posible, con tan pocas y desorganizadas fuerzas; y en su consecuencia, el oponerse á la ejecucion de la capitulacion, no hubiera sido mas que una lastimosa locura. En los encendidos y furiosos ánimos de todos aquellos soldados en desórden y sin Jefes, los que se encontraban en Lima y los llegados del Callao que inmediatamente se mezclaron entre ellos, se hizo entónces camino una nueva y terrible idea. Puesto que no podemos intentar nada contra los chilenos, dijeron, castiguemos y venguémonos de sus amigos, los chinos, por los cuales han sido tan favorecidos contra nosotros.

Y aquí, para mejor inteligencia de nuestros lectores, es necesario dar un paso atrás, y referir un hecho que por su escasa importancia habiamos descuidado. Hace ya largos años que el Perú se halla literalmente invadido por una gran colonia de chinos, hechos venir exprofeso del Celeste Imperio para dedicarlos principalmente al trabajo de los campos, al servicio de las importantes haciendas de caña de azucar y demas. Estos chinos, sujetos por largo tiempo á una especie de *trata* poco diferente de la de los negros, venian de su país con contrata irrescindible de locacion de obra por *ocho* años; y puesto que espirado este plazo quedaban libres de hacer de sí mismos lo que quisieran, preferian casi siempre entónces abandonar las haciendas, para correr á Lima y á las demas ciudades peruanas, donde se dedicaban á servicios domésticos ó á pequeñas industrias libres. De consiguiente, mientras las ciudades y especial-

mente Lima se llenaban de chinos libres, muchos de los cuales habian llegado á hacerse ricos con el tiempo, principalmente con la venta de objetos de su país, las haciendas estaban siempre llenas de chinos recien llegados, hasta dos ó trescientos cada una, que deseosos de unirse á sus compatriotas libres en las ciudades, vivian allí de mal grado; y era necesario obligarlos con la fuerza. Muchos de estos chinos, durante la guerra, intentaron escapar á sus contratas, y de consiguiente al trabajo de las haciendas, refugiandose en el ejército chileno al cual sirvieron de gran ayuda: mientras unos le hacian de espía, otros se ocupaban de las tareas del rancho, del trasporte de los equipajes, y lo que es mas, de la conduccion de las municiones en las batallas; así es que se ganaron la adversion y odio de los soldados peruanos, contra los cuales tanto se fatigaban (1).

No hay por consiguiente que asombrarse, si en aquellos momentos de suprema confusion y exaltacion, los soldados peruanos, abandonados á sí mismos, recordasen las grandes fechorías de los chinos, y pensasen en vengarse feroz y cruelmente sobre sus hermanos y compatriotas, que habitaban en la Capital. Como sucede facilmente en todas las reuniones tumultuosas de gente del pueblo, apénas se manifestó semejante idea por uno ó mas, corrió y se generalizó inmediatamente: pocos minutos despues, toda aquella turba de soldados despechados y furiosos

(1) « El Comandante Lynch habia salido de Pisco el 13 de Diciembre á la cabeza de 5000 hombres (parte de las dos divisiones desembarcadas allí en Noviembre).... acojió en sus filas (*en el camino*) todos los trabajadores chinos que se levantaron contra sus opresores.... el 25 de Diciembre llegó á Curayaco.... llevaba consigo 200 bueyes, algun caballo, 600 asnos y mas de *mil chinos,* que prestaron los mas grandes servicios durante el resto de la campaña. »

BARROS-ARANA, *Historia de la Guerra del Pacífico,* segunda parte, pag. 140 y 141. - Edicion en francés.

se dirijia al barrio de la ciudad que ocupaban los chinos, para hacer grandes estragos en ellos y en sus propiedades; y caian apénas las primeras sombras de la noche del 16, cuando comenzaron á oirse repetidos disparos de fusil, y á verse aparecer por el aire gruesas columnas de humo, á las cuales hizo bien pronto triste cortejo la siniestra luz de los incendios.

¡Eran los disparos que se hacian contra los chinos; eran las habitaciones y los almacenes de los chinos que ardian! No paró aquí el desorden. Alrededor y en medio á los soldados, se agitaba la mas baja plebe de la Capital, que haciendose atrevida por la conviccion de la impunidad, procuraba sacar todo el partido posible de semejante coyuntura, uniendo al incendio el robo, el saqueo. ¡Fué aquella, una noche asaz triste y angustiosa para la desventurada ciudad!

Los incendios se multiplicaban, el desórden amenazaba extenderse aun fuera del barrio chino, á todas aquellas calles donde se encontrase una sola casa, un solo almacen de chinos; y no habia autoridad, no habia fuerza pública que pudiese poner freno á tanto exceso.

La Guardia Urbana que, como sabemos, habia sido organizada en Diciembre para mantener el órden público en Lima, no existia ya: habia sido disuelta por el Dictador algunos dias ántes, porque una noche habia puesto la mano sobre uno de sus *favoritos*, sorprendido por aquella en un estado poco conveniente para una persona de alta posicion.

Pero las Bombas extranjeras, primero la italiana y luego la inglesa y la francesa, no se hicieron esperar largo tiempo. Desafiando todo peligro, corrieron velozmente adonde mas tremendo ardia el bullicio y el incendio, á cumplir con abnegacion su benéfica y generosa mision. Rechazados varias veces á tiros, por los desalmados que habian promovido los incendios y que no querian que se apagasen, los valerosos Bomberos

italianos, franceses é ingleses, todos unidos y concordes en su santa obra, no retrocedieron jamas, ni siquiera cuando alguno de ellos cayó muerto ó herido. Armados solamente con sus hachas, lucharon toda la noche contra los incendios y los incendiarios; y cuando á la madrugada recibieron del Alcalde algunas pocas armas de fuego, no fué para ellos mas que cuestion de un momento el hacer volver la calma y el órden mas completo en la angustiada ciudad. Mientras algunos se ocupaban en apagar los incendios, otros se pusieron á perseguir á los soldados y á la canalla, que prontamente desarmaron y dispersaron. ¡Loor á ellos! En aquella ocasion, como siempre, los Bomberos italianos, franceses é ingleses, con su celo y con su valor, honraron sumamente á sí mismos y á sus países (1).

(1) De la relacion que el Comandante de la Bomba italiana, G. Varese, enviaba al Ministro de Italia en Lima, el 30 de Enero 1881, sacamos los siguientes datos:

La Compañia italiana de Bomberos ROMA prestó servicio de Guardia Urbana por 19 dias, en Diciembre y Enero. – Suministró una guardia competente á los tres *Asilos* abiertos en Lima para las familias italianas. – Cuando llegaron á Lima los heridos de San Juan, en la noche del 13 de Enero 1881, acorrió con 33 camillas preparadas por el Comité italiano para trasportarlos á los Hospitales. – Durante tres dias suministró los alimentos (reunidos ántes por colectas) á los heridos que llenaban dichos Hospitales. – La noche del 16, cuando los soldados irritados y la plebe furiosa devastaban é incendiaban el barrio chino, se hace camino en medio á los facinerosos que la acribillaban á tiros, dispone sus bombas para domar los incendios, en union á las bombas inglesa y francesa; y trabaja activamente toda la noche, arrojando agua y aislando el fuego: acribillada por las balas de los revoltosos, no mira al peligro, corre de un incendio á otro, trasporta las máquinas adonde es mayor la necesidad: tiene brazos, tiene socorros para todo. – Cuando en las primeras horas del 17, las Autoridades de Lima dieron armas para restablecer el órden, bastaron 30 hombres de la Compañia italiana, para que en union á los bomberos franceses é ingleses dispersasen prontamente la canalla; y en breve tiempo los incendiarios y los furibundos fueron desarmados. – Recupera el mismo dia los objetos robados, y los restituye á sus propietarios. – Durante tres dias consecutivos está siempre en movimiento para extinguir las llamas que volvian á aparecer en varias direcciones. – En medio á acciones tan brillantes, murió Giuseppe Garriva de un balazo en la cabeza; fueron heridos Buccicardi y Lavaggi.

¡Gloria y prez á vosotros, oh generosos, que supisteis desempeñar tantas y tan nobles acciones!

A ruegos del Alcalde de Lima, algunos Oficiales de los buques de guerra italianos é ingleses hicieron desocupar en la mañana del 17 los fuertes de San Cristóbal y de San Bartolomé, así como tambien el Arsenal de Santa Catalina, para cumplir con los pactos de la capitulacion; y á las 4 de la tarde, una division de tropas excogidas del ejército chileno entraba silenciosa y en perfecto órden en Lima. Entraba con todo el respetuoso recojimiento con el cual se entra en un Campo Santo: ¡y en efecto, la espléndida y risueña Reyna del Pacífico presentaba en aquellos momentos toda la triste majestad de un Cementerio! Ni un solo peruano, ni una sola peruana por las calles, donde solo se veia alguno que otro extranjero mas ó ménos curioso; ni una sola tienda, ni una sola puerta, ni una sola ventana abierta, ni una mirada curiosa á traves de las celosías.... nada.

¡Todo era silencio, todo respiraba tristeza y desolacion!

Una mirada atrás.

Chile estaba preparado muy de antemano, como en acecho, para cojer en un momento oportuno al Perú, al amigo, al hermano, que entre las discordias domésticas se olvidaba de si mismo: llegado que fué este momento, arroja resueltamente la máscara, lo arrastra violentamente sobre los campos de batalla, lucha unido y compacto con todas sus fuerzas, se aprovecha de los errores y de las desgracias interiores de aquél para derrotarlo; y pisoteándo todo derecho de justicia y de humanidad,

lo oprime, lo destroza, lo insulta, y se hace señor y déspota en su casa.

El Perú, mientras inerme se debatia penosamente entre la triple crísis, economica, social y política, se encuentra envuelto de improviso en una guerra surgida por Bolivia, en la cual ésta, principiando por perjudicarle, acaba por abandonarlo; y lucha dos años para defender su honor y su amenazada integridad nacional. Pero mas que por el enemigo agresor, es roído y derrotado por los inveterados hábitos de su larga vida revolucionaria; y sus gobernantes que, elevados por las revoluciones del dia ó de la víspera, no son en modo alguno la expresion de la voluntad y de la mente del país, no saben ó no quieren aprovechar todos los recursos de los cuales éste es capaz, y lo arrastran fatalmente de error en error, no á la derrota, sino al suicidio.

Chile hizo cuanto podia y sabia para vencer: si hubiese debido hacer un esfuerzo mas, aun el mas insignificante, se habria encontrado impotente para hacerlo, y hubiese quedado humillado y vencido.

Si los Gobernantes del Perú hubiesen cometido un solo error ménos, si hubiesen sabido emplear en la guerra nada mas que las dos terceras partes de las fuerzas de su país, el Perú habria indudablemente obtenido la victoria; y no podemos dispensarnos de repetir una verdad que indicamos en otra ocasion: no fué Chile quien venció al Perú; el Perú cayó por sí mismo á los piés de un enemigo ansioso de sus despojos.

INDICE

Al Lector . . . . . Pag. 11

I. Causas de la Guerra entre las repúblicas de Chile y Bolivia 17

§ 1. Manifiesto del Gobierno de Chile para la ocupacion de una parte del territorio boliviano, y Contra-Manifiesto del de Bolivia. – Límites de las Colonias españolas hasta el 1810. – Situacion del desierto boliviano de Atacama entre el Perú y Chile. – Pruebas históricas y geográficas de las fronteras de Chile en el rio *Paposo* ó *Salado*, segun el principio americano del *uti possidetis*. – El Atacama fué legítimamente poseido por Bolivia hasta el 1842. – De como Chile usurpó una parte del desierto de Atacama en 1842. – Vanas reclamaciones de Bolivia, y primer Tratado de límites. – Sociedad entre Chile y Bolivia, ventajosa para Chile, sobre los beneficios de exportacion del guano y de los minerales. – Nuevo Tratado de 1874 y 75, ventajoso igualmente para Chile. – § 2. El Gobierno ilegal de Melgarejo concede el uso de una parte del desierto de Atacama á la *Sociedad Explotadora*. – La Asamblea Nacional anula los actos de Melgarejo: cuestiones que nacen con las Sociedades que suceden á la primera. – Transaccion é impuesto de *diez céntimos*: sus razones. – La Sociedad invoca la proteccion de Chile. – Negociaciones entre Chile y Bolivia. – Cuestion del arbitraje. – La Sociedad rehusa pagar los impuestos devengados: Bolivia declara rescindida la transaccion, y decreta sea desocupado el terreno en explotacion. – La Sociedad no acude á los Tribunales. – Chile declara roto el tratado de límites: